

Interdependencia Económica y Desarrollo

Por JAVIER GOROSQUIETA

*Menos "capitalismo organizado" a nivel nacional;
más, a escala internacional.*

Nos testimonian los astronautas, y lo comprobamos por las fotografías tomadas desde el espacio exterior, que, desde aquellas alturas, la Tierra aparece como un pequeño planeta azul, lleno de vida, destacando sobre todo su unidad de destino. He aquí una primera imagen de la estrecha interdependencia, colaboración y unidad que habría que realizar entre las distintas regiones de nuestro mundo. Pero al ir descendiendo hacia la atmósfera y hacia la realidad a ras del suelo, comienzan los problemas, las complicaciones, las dificultades. Nos proponemos en estas líneas abordar la problemática actual de la interdependencia económica internacional y sus perspectivas de futuro.

Buena parte de la relevancia económica y humana del mundo se centra en unos pocos países. Siete naciones (Unión Soviética, Canadá, China, Estados Unidos, Brasil, Australia y la India) comprenden una superficie superior a la mitad de las tierras emergidas, mientras que un centenar largo de países cubren menos del 5 por ciento. Cinco naciones (China, India, Unión Soviética, Estados Unidos e Indonesia) cuentan conjuntamente con una población superior a la mitad de la mundial, mientras que un centenar largo de países tienen menos que el 5 por ciento de esa misma población. Cuatro países (Estados Unidos, Unión Soviética, República Federal de Alemania y Japón) generan más de la mitad de la producción mundial, mientras que más de un centenar y medio de naciones produce menos del 10 por ciento. Las estrechas relaciones de interdependencia entre estos grandes países resolverían en gran medida el problema de la unidad económica y política mundial.

No es lo mismo *interdependencia* que *integración*. La integración supone que cada uno de los diferentes países actúan como si fueran parte de un solo país. Tampoco es igual *interdependencia* que *intereses mutuos* o *intereses comunes*. Pueden existir intereses mutuos sin interdependencia. Dos países pueden ser totalmente autárquicos en sus políticas comerciales y, por tanto, ser completamente independientes uno del otro, por más que a ambos les pueda interesar mantener relaciones

comerciales entre sí. Los intereses mutuos presuponen que las acciones realizadas por uno de los dos protagonistas tienen reciprocidad por parte de las acciones llevadas a cabo por el otro. Los intereses comunes hacen referencia a áreas compartidas de intereses, como pueden ser la conservación de las reservas de pesca marítima o los bosques o el aire contaminado o la paz. Se habla de intereses mutuos cuando se trata de transacciones de bienes privados y de intereses comunes cuando se trata de bienes públicos. La interdependencia niega la total independencia o autarquía de cada uno de los agentes. Y se puede medir por los costes que acarrearía una ruptura de las mutuas relaciones. Cuanto mayores sean estos costes la interdependencia es también mayor. Ejemplos de áreas que pueden perjudicar a países interdependientes son el proteccionismo competitivo, la devaluación o la deflación, la contaminación global del aire o de los mares, disparados por un país y que traspasan las fronteras nacionales. El proteccionismo perjudica porque dificulta las exportaciones de otras naciones. Con la devaluación o la deflación sucede otro tanto.

DOS FASES DE LA INTERDEPENDENCIA

En la reciente evolución de la interdependencia Norte-Sur, países ricos-países pobres, podremos distinguir dos etapas o fases. La primera comprende los cinco años siguientes a la explosión de los precios del petróleo en 1973-1974. La segunda abarca desde 1979 hasta nuestros días.

Entre 1974 y 1979 se potenciaron de forma pronunciada los flujos financieros y comerciales entre los exportadores de petróleo, los importadores industrializados de éste y los importadores de crudo que eran países en vías de desarrollo de rentas medias. Se vio incrementada la interdependencia. Esta fase estuvo marcada por el empeño de muchos países solventes de renta media en desarrollo, y sobre todo de los Países de Reciente Industrialización (PRI), de mantener un ritmo rápido de crecimiento, considerando la disminución de éste en la OCDE. Lo hicieron a base de endeudarse muchísimo y por medio de una promoción agresiva de exportaciones de productos manufacturados que logró una cuota creciente, aunque de promedio modesto, de los mercados aminorados de la OCDE. Al mismo tiempo y en el curso de este proceso, al mantener mercados apropiados para las exportaciones de la OCDE, sobre todo de alimentos y de bienes de equipo, estos países de crecimiento rápido amortiguaron la recesión de aquélla. El problema principal de la OCDE había sido la estanflación (inflación con estancamiento de la economía). Esta estanflación fue potenciada por la subida de los precios del petróleo. Para combatirla se había acudido sobre todo a medidas de control de la demanda global. Y, a pesar de mantener elevados índices de desempleo, la OCDE consiguió mantener abiertos sus mercados a las importaciones procedentes de los países en vías de desarrollo, lo cual favoreció los efectos beneficiosos de la interdependencia para estos últimos.

Los exportadores de crudo vieron acumularse en sus arcas y en sus instituciones financieras grandes excedentes de capital, que pusieron a

disposición de los países importadores de petróleo de renta media y reciente industrialización. De este modo produjo efectos beneficiosos para estos últimos la vigente interdependencia financiera. En este mecanismo financiero se soslayó relativamente al Fondo Monetario Internacional (FMI). El sistema bancario de los países industriales abundaba de liquidez no utilizada en los mismos suficientemente por causa de la recesión económica. Los bancos —es su negocio— estaban deseando prestar. Y prestaron en grandes cantidades a los países en desarrollo. Competían los bancos entre sí para otorgar esta clase de créditos. El FMI tuvo así menos oportunidades de aplicar en la política económica de esos países el tipo de disciplina que le es propia.

La buena fortuna de los países en vías de desarrollo, tanto de renta media como baja, se vio también favorecida por el aumento de los precios de las materias primas agrícolas e industriales de las que eran exportadores. Aparte de esto y en esta fase, los países de rentas bajas disfrutaron muy poco de las ventajas posibles de esta interdependencia acentuada. De los dos países gigantes de renta baja, tanto China, que seguía aislada en gran medida de la economía mundial, como la India, que consiguió mejoras en su agricultura, mejoraron algo económicamente. Pero la mayoría de los restantes países de renta baja, sobre todo los africanos, disfrutaron muy poco del crecimiento de exportaciones manufacturadas o de los créditos comerciales que llegaban a sus colegas mejor situados del grupo de los 77. Su poder adquisitivo y, sobre todo, su producción de alimentos, ya de por sí los más bajos de todos, seguían yendo a la zaga con respecto a los países de nivel medio de renta. Y desde el final de la década de los 70, las necesidades de ayuda que no han sido satisfechas a estos países se han convertido en una de las tareas más urgentes y apremiantes de la comunidad internacional.

No obstante, casi todo el mundo se benefició de esta primera fase del desarrollo de la interdependencia: los exportadores de crudo con excedentes de capital sacaron rendimiento a sus ahorros, los bancos ganaron dinero, las economías de la OCDE se vieron, financieramente y en términos de comercio exterior, arropadas, y la mayor parte de los países de nivel medio de renta siguieron creciendo económicamente.

Pero esta primera etapa expansiva de la interdependencia contenía en sí misma, de alguna manera, los gérmenes de su propia destrucción. Porque los países de reciente industrialización y nivel medio de renta se endeudaron demasiado en un proceso al que algún día habría que poner fin: creció su deuda externa, efectivamente, a ritmo superior que el de sus exportaciones. Y si las economías de la OCDE hubieran seguido inactivas y con exceso de capital, en algún momento habrían caído en la tentación del proteccionismo de sus industrias nacionales, proteccionismo fatal para el desarrollo y el crecimiento de los países pobres. Además, el fácil acceso de los países en vías de desarrollo a los créditos bancarios se había convertido en un sustituto de los ajustes internos necesarios para corregir los déficits de sus balanzas de pagos. Una disciplina internacional del tipo de las que imponía en sus préstamos el FMI era necesaria. Sólo una rápida y sostenida expansión económica del Norte —hipótesis que parecía probable en 1979— hubiera podido paliar —vía importacio-

nes— todos estos problemas acumulados en los países en vías de desarrollo. A principios de 1979 había, pues, buenas perspectivas de que continuara operando en sentido positivo la interdependencia entre el Norte y el Sur.

Se volvieron las tornas con el comienzo de la segunda fase de la evolución de la interdependencia en aquel año. El Norte y el Sur comenzaron a infligirse daños mutuamente. ¿Qué había sucedido? El factor desencadenante fue la brusca subida de los precios del petróleo que duró a todo lo largo de 1980 y fue precipitada especialmente por la situación revolucionaria en el Irán. Los países de la OCDE adoptaron rápidamente políticas antiinflacionarias, políticas de austeridad, de freno de la demanda global. Cayeron en una recesión estratégica. Disminuyeron las importaciones, también las procedentes de los países en vías de desarrollo. Retrocedieron los ingresos de estos últimos y, por lo tanto, sus posibilidades de devolver la deuda y de continuar por el iniciado camino del desarrollo. La austeridad en los países ricos se reflejó particularmente en una política monetaria restrictiva, a ejemplo del riguroso monetarista Paul Volcker, nombrado Jefe del Sistema de la Reserva Federal en los Estados Unidos. Este control estricto y freno de la oferta monetaria trajo, además, como consecuencia la subida vertiginosa de los tipos de interés y la agravación, por lo mismo, del servicio de la deuda de los países pobres. Gran parte de los créditos contratados por estos últimos lo habían sido, efectivamente, a intereses variables con la banca privada.

La crisis de los rehenes norteamericanos en Teherán, la invasión de Afganistán, la preocupación en USA por impulsar los presupuestos de defensa en los últimos años de Carter y, más aún, en el mandato de Reagan, la preocupación primordial por las relaciones Este-Oeste, hicieron pasar a un segundo plano en aquel país los programas de ayuda al Tercer Mundo. De todas maneras no desapareció esta ayuda, ni de USA ni de otros países desarrollados. Junto a actitudes altruistas, todos mantienen el interés egoísta de promover, tanto en los países más pobres como en los mejor situados o en vías de desarrollo, cambios económicos y sociales que sean lo bastante satisfactorios y justos como para que dichos países sigan siendo comparativamente no violentos.

En la subida de los tipos de interés, perjudicial, como hemos visto, para los países en vías de desarrollo, tuvo mucho que ver el creciente déficit público norteamericano. Reagan comenzó su primer mandato con una política de disminución de impuestos, pensando, según la doctrina Laffer, que esta caída estimularía primero las inversiones y segundo el Producto Interior Bruto. Al final, como consecuencia de la expansión, menores tipos impositivos iniciales harían ingresar más recursos en las arcas de erario público. Esta filosofía falló. La consecuencia fue un déficit público creciente, que supera los 180.000 millones de dólares en 1984. Para financiar este déficit el Tesoro Público americano tuvo que competir con la iniciativa privada en la captación de ahorro. Esta competencia impulsó al alza los tipos de interés, con el perjuicio de nuevo, ya reseñado, para los países en vías de desarrollo en el campo concreto de su endeudamiento y del servicio de su deuda. En los demás países de la OCDE se elevaron también los tipos de interés, en el intento de los Minis-

terios de Hacienda y de los Bancos Centrales de detener el flujo de capitales a corto plazo que iba hacia los Estados Unidos.

Otro daño infligido a los países en vías de desarrollo en esta etapa fue la extensión en USA y en los demás países de la OCDE de una fuerte ola de proteccionismo que hundió más las posibilidades exportadoras y de desarrollo de los países pobres. Esa oleada creció al socaire de la recesión y a pesar de la difusión anterior de las ideologías favorables a los mercados abiertos. La reunión ministerial de ese organismo para la intensificación de los intercambios, que es el GATT, tenida en noviembre de 1982, fue un fracaso. Tras la marea puede tardarse un cierto tiempo en la reconstrucción de un electorado político que esté a favor de la ética de los mercados abiertos.

"CAPITALISMO ORGANIZADO" INTERIOR Y LIBERALISMO EXTERIOR

En el seno de los países industriales se ha producido, desde el siglo XIX hasta ahora, una evolución desde un liberalismo económico manchesteriano a otro altamente intervenido e institucionalizado. Los trabajadores se han agrupado en sindicatos, los empresarios en sus propias organizaciones profesionales. El papel del Estado ha ido creciendo en su protagonismo en la intervención y dirección de la política económica. Se ha abandonado, por parte de los poderes públicos, la política del *laissez faire, laissez passer* y ha ido creciendo, en el neoliberalismo, su intervencionismo para corregir los defectos e inconvenientes, éticos y económicos, de una libertad económica salvaje. Este proceso no sólo ha sido algo constatable de hecho, un dato más de la realidad, sino que ha sido arropado por la teoría, donde ha encontrado su justificación creciente. Podemos citar a Keynes con su teoría de la beligerancia conveniente del Estado en la dirección y gestión de la política económica. Podemos referirnos a Galbraith y a los institucionalistas americanos que nos describen un capitalismo moderno mediatizado por los sindicatos, asociaciones, monopolios, oligopolios y grandes corporaciones industriales. Es, a nivel nacional, el nuevo *capitalismo organizado*, frente al capitalismo anárquico del siglo XIX. El llamado Estado del Bienestar acentúa esta tendencia. Porque el Estado, por él, no sólo se constituye en directivo de la política económica, sino que se transforma, además, en el gran benefactor, redistribuidor de la renta y de la riqueza, sobre todo a favor de las clases más desprotegidas. Para ello monta grandes organizaciones, como son los actuales sistemas fiscales y de Seguridad Social en los países desarrollados y, en su grado también, en las naciones en vías de desarrollo.

Con esta evolución, frente al protagonismo casi exclusivo del sector privado en la economía del siglo XIX, se ha formado hoy una complicada articulación entre los sectores público y privado, articulación que afecta a la asignación de recursos y a la creación y reparto del producto social bajo las presiones de los diversos grupos sociales y de los intereses políticos inmediatos.

Todo ello ha conducido, por un lado, a un mayor grado de integración

social dentro de los Estados Nacionales. Pero ha tenido, asimismo, su coste. Porque ha dado lugar a sociedades cada vez más burocratizadas, donde el Estado aparece como máquina omnipotente al que todo se le pide, donde las rigideces introducidas por las relaciones institucionales hacen que el sistema pierda la necesaria flexibilidad para adaptarse con prontitud a los nuevos retos y exigencias como son los propios de la actual crisis económica.

Las fuerzas económicas y tecnológicas han impulsado, sin embargo, paralelamente, las relaciones entre las economías nacionales. Factores de este proceso han sido la búsqueda de mercados más amplios, el deseo de asegurarse los mercados adecuados, la voluntad de eludir las intervenciones de los Estados nacionales, la expansión del comercio y las inversiones, la liberalización de las corrientes comunes, la reducción de las restricciones a los movimientos de capital, el desarrollo de las empresas multinacionales. Todo ello ha llevado a un crecimiento progresivo de la interdependencia económica mundial. Pero es una interdependencia carente todavía de suficientes instituciones a nivel internacional. A ese nivel no tenemos aún un verdadero *capitalismo organizado*. Así, de acuerdo con la expresión de la Comisión Brandt vivimos hoy "una combinación de Keynes en el interior y de Adam Smith en el exterior". Capitalismo organizado nacional frente al capitalismo bastante anárquico y manchesteriano internacional.

Esa combinación es fuente potencial de conflictos. Porque la mayor interdependencia hace más vulnerables las economías nacionales frente a las perturbaciones procedentes del exterior, y la pérdida de flexibilidad de sus estructuras dificulta las respuestas de las economías nacionales a tales perturbaciones, prolonga la duración de los ajustes y aumenta sus costes sociales. La competencia exterior puede imponer adaptaciones dolorosas a las industrias nacionales; lo estamos viendo ahora en lo que sucede con la competencia mundial de los países de reciente industrialización. Impactos como los provocados por las fuertes elevaciones del precio del petróleo pueden sumir a las economías, como lo estamos viendo a lo largo de la crisis de los setenta y de los ochenta, en duras dificultades. Las políticas económicas de los países grandes pueden afectar a los demás, a través de los cauces comerciales y financieros; piénsese en el impacto mundial del déficit público norteamericano o en el de los elevados tipos de interés de los Estados Unidos. Las economías de los estados nacionales han tendido a protegerse contra tales riesgos con toda clase de restricciones y de excepciones al principio del libre cambio y circulación en el ámbito internacional, restringiendo el dominio de Adam Smith en ese terreno.

A pesar de ello es un hecho que las fuerzas del mercado han desempeñado un papel creciente en las relaciones económicas internacionales y que esas mismas fuerzas han aportado importantes elementos de flexibilidad a las economías nacionales. Esa interdependencia mundial ha restado autonomía a las políticas económicas nacionales. Pero esto no creó especiales problemas mientras duró el largo período de expansión entre los años 1951 y 1973. Durante el mismo, el desarrollo del comercio y de los mercados financieros internacionales favoreció el crecimiento

de los países industriales, en los que las restricciones de origen externo no impidieron que continuara el avance del capitalismo organizativo. Existía frecuente disparidad entre las orientaciones de las políticas económicas nacionales, y los organismos creados para limar y armonizar diferencias —FMI, BID, etc.— no poseían las competencias necesarias para lograrlo. La Comunidad Económica Europea expresa el esfuerzo de un conjunto de países por buscar los beneficios de la interdependencia ampliando los mercados y reduciendo los problemas de la mayor interdependencia de economías sometidas a políticas económicas de diferentes estados nacionales. Los mecanismos montados para articular las situaciones nacionales en algunos sectores especialmente intervenidos —la agricultura— y la aplicación de cláusulas de salvaguardia y de excepción bastaron para que el proceso integrador pudiera mantenerse en beneficio de los países miembros.

En conjunto, la expansión durante ese largo período permitió que la interdependencia creciente fuera provechosa para los países industriales, a pesar de los elementos potenciales en conflicto.

Y también fue beneficiosa para los países en vías de desarrollo. Estos mantuvieron en su totalidad una tasa anual de desarrollo cercana al 5,5 por ciento durante los años sesenta y primeros setenta. Es verdad que, sin embargo, la brecha que separaba a estos países de los del mundo industrial no se redujo; que los países más pobres registraron un ritmo de avance (3,7 por ciento) menor que los de rentas medias y altas de grupo; que al concluir el período, casi el 40 por ciento de la población de los países en vías de desarrollo continuaba viviendo en condiciones de pobreza absoluta; y que, a lo largo de estos años, el comercio de los países en vías de desarrollo redujo su participación en el comercio mundial. La interdependencia creciente beneficiaba, así, más a los países ricos que a los países pobres, suponía una restricción más cercana para las políticas de estos últimos y les imponía ajustes más pesados en caso de perturbaciones. A pesar de todo, durante la expansión, se aceptó la opinión de que la relación creciente con los países industriales a través de corrientes comerciales y financieras más libres beneficiaba a los países atrasados. Estos pidieron sobre todo el acceso preferencial de sus productos a los mercados de los países avanzados y la ampliación de las transferencias de recursos reales a través de la ayuda al desarrollo, inspirada tanto en motivos humanitarios como políticos. En ambos frentes sufrieron decepciones, que alimentaron una frustración creciente a medida que pasaba el tiempo.

INTERDEPENDENCIA DURANTE LA CRISIS

Con los primeros años setenta acabó el período en que las tensiones potenciales entre las políticas de los estados nacionales y la interdependencia global creciente se hicieron efectivas de una forma moderada. En la segunda parte de la década anterior muchas economías industriales se habían hecho progresivamente más inflexibles en el ámbito laboral y por causa de programas ambiciosos de gastos sociales, que tendían a hacerlas más vulnerables a los impactos de origen externo. Estos impactos fueron, entre otros, los siguientes:

a) En los primeros años setenta, en parte debido a los enormes gastos ocasionados por la guerra del Vietnam, se dieron unos clamorosos déficits en la balanza de pagos norteamericana. Estos déficits se saldaron con una difusión de dólares por el mundo entero. Los dólares, en buena parte se gastaron. Presionó la demanda al alza en los precios. Hemos aquí ya en la gran inflación de los primeros años setenta. Dos consecuencias de este proceso fueron, primero, la quiebra del sistema monetario mundial de Bretton Woods, al suspender Nixon la convertibilidad del dólar en oro en 1971 y, segundo, el intento de muchos países de aislar sus economías interiores de los avatares internacionales a través de un sistema de cambios fluctuantes de sus monedas.

b) La subida de los precios del petróleo en 1973-74. Fue origen, entre otras cosas, de una transferencia masiva de recursos desde los países importadores de crudo hacia los países petroleros, que había de dar origen a una recesión en los primeros. El empeoramiento de la relación real de intercambio con el exterior imponía, en los países importadores, reducciones de los costes reales de trabajo si había de defenderse el empleo por parte de los sindicatos y evitarse un hundimiento de los beneficios y de la inversión productiva. Pero las rigideces acumuladas en los países industriales dificultaron tales ajustes e incluso impulsaron crecimientos adicionales en los costes reales de trabajo en muchos casos. Por otra parte, las variaciones en los precios relativos del capital y del trabajo introdujeron cambios en la estructura productiva de las empresas, a favor, generalmente de la mecanización de la producción a costa, muchas veces, del empleo. La caída de la demanda agregada, por razón de la recesión, y la creciente competencia de los países de reciente industrialización en industrias tradicionales ha traído la necesidad de reconversión industrial de estas últimas en muchos países desarrollados. Los abundantes elementos de rigidez del capitalismo organizado en muchas naciones han hecho estas adaptaciones más lentas y costosas. Las inflexibilidades han alimentado procesos inflacionistas resistentes, han estimulado el aumento del desempleo, han desalentado la inversión productiva, han conducido a fuertes elevaciones de los déficits públicos y han dificultado la eliminación de los saldos negativos en las balanzas por cuenta corriente.

La necesidad de frenar la inflación ha llevado a las autoridades locales a políticas monetarias restrictivas. Pero, por causa de rigideces institucionales, las políticas monetarias restrictivas han ido acompañadas de costes sociales que, sin aquellas inflexibilidades, no tendrían por qué haberse producido.

Un sistema de tipos de cambio fijos no hubiera podido sobrevivir, seguramente, en una época de impactos tan perturbadores. Intuyéndolo se suprimió, cambiándolo por otros de tipos de cambio fluctuantes. Pero la disparidad de las políticas económicas nacionales, junto con la gran fluidez de los movimientos internacionales de capital, han conducido a oscilaciones cambiarias mucho más acusadas que lo esperado. Nunca se pensó, por otra parte, que los cambios flexibles fueran capaces de aislar totalmente a las economías nacionales de los impactos exteriores, sobre todo si éstos procedían de una economía dominante como la de los Esta-

dos Unidos, con una posición prevaleciente en la economía mundial. Así, la combinación en USA de una política monetaria restrictiva con fuertes déficits públicos ha traído como consecuencia elevados tipos de interés y una presión revaloratoria sobre el dólar, que se han convertido, por la interdependencia, en una restricción efectiva de la autonomía de las políticas económicas de los demás países industriales. A través de esas fluctuaciones cambiarias y de esos otros efectos, las políticas de las economías de mayor potencia y dimensión tienden a imponerse y actúan como restricciones efectivas de los demás países.

Unicamente en el mercado financiero internacional predominaron las fuerzas del mercado libre. El sistema bancario mundial hizo gala de una gran flexibilidad y habilidad en el juego; fue capaz, por ejemplo, de reciclar los petrodólares y de poner a disposición, también a favor de los países menos desarrollados, la abundante liquidez que la recesión en los países industriales dejaba disponible. El crédito internacional pasó, desde un predominio de los créditos de instituciones como el FMI y BID, a otro del sistema bancario privado. Por este camino los países en vías de desarrollo eludieron la disciplina y los condicionamientos que solían imponer esos organismos y obviaron, por lo mismo, al menos de momento, graves problemas políticos interiores. Pudieron seguir creciendo, a pesar de los déficits de sus balanzas por cuenta corriente. Ese fue uno de los orígenes de la actual deuda mundial, que es uno de los principales problemas que estrecha la interdependencia pero que amenaza con colapsar el sistema financiero internacional.

En síntesis, en los años setenta se ha dado un retroceso en el crecimiento de las fuerzas del mercado en el ámbito de las relaciones internacionales. Este retroceso se ha producido por la reacción de las economías nacionales ante los impactos adversos recibidos del exterior. Los ajustes internos en respuesta a esos impactos se han visto obstaculizados por las rigideces de los capitalismos organizados nacionales. Estas rigideces han condicionado las políticas nacionales tanto en sus costes como en sus resultados y han desalentado las actuaciones de estímulo a la demanda agregada, por el riesgo de que las mismas se tradujeran simplemente en un aumento de las presiones inflacionistas y del desempleo. Al mismo tiempo, la falta de una coordinación de las políticas nacionales en el ámbito internacional ha agudizado la contracción de la economía mundial y ha reforzado las presiones recibidas a corto plazo por esas economías nacionales desde una interdependencia dominada por las fuerzas del mercado. Al aumentar las dificultades ha surgido el proteccionismo en formas complejas y sofisticadas pero no menos efectivas.

El tema de las deudas exteriores, la falta de concertación internacional y el creciente proteccionismo atestiguan que existen similitudes hoy con la Gran Depresión de los años treinta, por más que procuremos más bien, de ordinario, poner de relieve las diferencias.

Los resultados en el tiempo de la actual crisis económica los podemos resumir en los conflictos potenciales entre economías nacionales poco flexibles e interdependencia creciente de esas economías en la esfera mundial. Ahí se centran los actuales debates.

NUEVO ORDEN ECONOMICO

En el ámbito nacional, el reconocimiento de las dificultades que plantean las rigideces crecientes del capitalismo organizativo ha inspirado dos líneas de respuesta de sentidos opuestos. La primera procura insistir, mejorar y reformar los mecanismos de intervención y de acuerdo. En los países industriales, nuevas políticas de rentas y acuerdos económicos y sociales que afectan tanto a la producción como a la distribución del Producto Nacional. Repliegue desde la interdependencia internacional. En los países en vías de desarrollo se levantan voces a favor de la potenciación del mercado interno como resorte del desarrollo, frente a un sistema mundial que convierte la interdependencia en un régimen de dependencia de los países "periféricos" respecto a los "centrales". Esta postura hace de la rigidez virtud, resultando economías más burocratizadas, intervenidas y cerradas, donde se espera que los acuerdos económicos y sociales fomentados desde el sector público y sometidos a las presiones del corto plazo, logren un crecimiento sano y sostenido a largo plazo.

La segunda línea de respuesta de los estados nacionales es contraria a la anterior. Es un cierto resurgir del liberalismo económico y un confiar más en las fuerzas del mercado. Aspira a hacer más flexibles las economías, a aumentar el papel de los mercados libres y abiertos, a potenciar la iniciativa privada y a fomentar la responsabilidad y la autonomía de los ciudadanos. Sus versiones más matizadas y sugestivas señalan hasta qué punto muchas de las instituciones del capitalismo organizativo son costosas, inútiles e incluso contraproducentes en relación con los objetivos que dicen perseguir y cómo podrían suprimirse o reformarse incluso con ventajas para la libertad y la eficacia y sin perjuicios o incluso con ganancias para la equidad social. Es un planteamiento del que sólo se puede esperar sus resultados a largo plazo. Pero es muy probable —y deseable— que se vaya abriendo camino en los próximos años.

En el ámbito internacional también se han enfrentado las dos posiciones señaladas. Una se ha centrado en lo que Bhagwati llama "la militancia sindicalista" de los países en vías de desarrollo. Propugna la actuación colectiva y solidaria de los países pobres; por ejemplo, con cartelizaciones del tipo de la OPEP. Sería un remedo del grito de Marx; "países pobres del mundo, uníos". Defienden, con razón, el establecimiento de un nuevo orden económico internacional (NOEI) cuyas piezas maestras serían las siguientes: aumento de las transferencias en forma de ayuda oficial de los países ricos en porcentaje de su PNB; esquemas para estabilizar los precios de un conjunto de productos básicos e incluso para indiciarlos y asegurar su paulatina elevación en términos relativos; la mejora del sistema generalizado de preferencias y el mayor acceso de los productos de los países atrasados a los mercados de los países industriales; la reforma de los mecanismos monetarios internacionales en relación con los problemas del desarrollo; la cancelación o reestructuración de las deudas exteriores oficiales; la elaboración de un código de conducta para las transferencias de tecnología y de normas reguladoras de las actividades de las empresas multinacionales. Defienden, en definitiva, la iniciación de una especie de capitalismo organizativo a nivel internacional.

Países industriales, en especial los Estados Unidos, se han opuesto, por intereses nacionales, a estas pretensiones, defendiendo un incremento del liberalismo económico a escala mundial.

Pensamos que, en cuanto a economías nacionales, tienen razón quienes propugnan un poco menos de Keynes y un poco más de Adam Smith en los momentos actuales; un poco menos de capitalismo organizativo y un poco más de mercado. Creemos, por el contrario, que a escala internacional, aciertan quienes defienden un poco más de Keynes y un poco menos de Adam Smith. Este sería, a nuestro juicio, el mejor camino para que creciera una interdependencia provechosa para todos en el largo plazo. En ese sentido Tinbergen ha señalado la conveniencia de reducir el ámbito de competencias y decisiones de los estados nacionales en una doble dirección: en el interior, en favor de una descentralización mayor y una reducción de los niveles jerárquicos de adopción de decisiones para fomentar la participación; en el ámbito mundial, en favor de una mayor coordinación de las decisiones que generan efectos externos entre las naciones. Es, a largo plazo, la "superestructura política mundial" de que habla el propio Tinbergen, cada vez más necesaria. Paul Streeten la concretaría, a plazo medio, en lo siguiente: la creación de un banco central internacional que sea capaz de crear (y retirar) liquidez internacional, tanto por motivos de transacciones comerciales, como por razones de precaución; institución de un sistema fiscal internacional, que grave progresivamente las rentas *per cápita*, con un límite de exención más bajo, recaudado automáticamente, pero que se reembolse a las naciones en vías de desarrollo según unos criterios establecidos; un cuerpo internacional, que suministre la información necesaria para tomar decisiones sobre las inversiones fijas o duraderas dentro de un plan de largos períodos constructivos.

Quiera Dios que se vayan dando los pasos necesarios hacia esa "superestructura política mundial" aun en contra de los aparentes intereses nacionales a corto plazo de las grandes potencias industriales (1).

(1) Véanse las interesantes ponencias sobre el tema de Luis Angel Rojo, John P. Lewis y Paul Streeten, de las que este artículo ha procurado tener en cuenta y apropiarse las que considera mejores ideas. Me refiero a las ponencias tenidas en el VII Congreso Mundial de Economía celebrado en Madrid a primeros de septiembre de 1983. Cfr. ICE, n.º 605, enero 1984.